

sólo doctos, mas santos, las introdujeron en ellos; y cuando, en fin, bien lejos de perjudicar á la observancia monástica, se ha notado que esta decaía cuando decaían ellas, y revivía cuando ellas revivían.

Pero no lo vea esto sólo el disertador. Véanlo tambien ciertos rígidos censores, que hay tambien por acá entre nosotros, y que pretenden que ningun religioso, y áun ningun eclesiástico, debe estudiar otra cosa que las cavilaciones metafísicas y las letras sagradas, y que salir de ellas á las profanas es en alguna manera apostatar de su estado, ó salir de el claustro á vagar por el mundo. Quisiera yo que aquellos á quienes santo Tomás nunca cae de la boca, para improbar todo lo que no es santo Tomás, hiciesen lo que hizo este gran doctor, ó por lo ménos dejasen en paz á los que procuran hacerlo. Santo Tomás de todo estudió, de todo supo, como se ve en tantos símiles como usa de las materias de otras ciencias para explicar las teológicas. De santo Tomás se puede decir lo que el Santo, citando á san Jerónimo, dice de los antiguos doctores: *Doctores antiqui, in tantum Philosophorum doctrinis atque sententiis suos respicerunt libros, ut nescias quid in illis prius admirari debeas, eruditionem sæculi, an scientiam Scripturarum.* (Parte 1, quæst. 1, artículo v.) Santo Tomás entendió en aquellas siervas ó criadas, que en el capítulo ix de los *Proverbios* se dice estaban al mandado de la Sabiduría: *Misit ancillas suas ut vocarent ad arcem*, las ciencias humanas que sirven á la teología; por consiguiente, conoció que el ministerio de todas ellas es conducente para el estudio de su soberana doctrina. (*Ibi in argumento sed contra.*)

Pero esto más es para personas de otra clase que para el disertador, en cuyo combate prosigo, usando de otro argumento experimental, que no me parece ménos fuerte que el pasado. El disertador en la experiencia pretendió hallar apoyo á su opinion, pero con tanta infelicidad como se ha visto. Yo prosigo en llamarla á favor de la mia; y como me ha asistido bien en el argumento pasado, espero haga lo mismo en el que voy á proponer, y en que arguyo de este modo.

Si la ciencia fuese contraria á la virtud, y el vicio favorable á ella, entre los doctos sería mucho mayor el número de los viciosos que el de los virtuosos. La razon es clara; porque en ellos, demas de los estímulos con que los inclina al vicio nuestra depravada naturaleza, como á todos los demas hombres, concurriría al mismo lamentable efecto el influjo de la ciencia; pero la experiencia acredita lo contrario; luego, etc. La mayor de el silogismo queda probada concluyentemente; con que, si la menor no se niega, es evidente la consecuencia. ¿Y tendrá el disertador audacia para negarla? Puede ser, porque sólo de esta barra ardiendo se puede asir para no dejarse ahogar; quiero decir, no tiene otro recurso para evitar la conviccion. Pero entre tantos como han viajado algo por el mundo literario, ¿habrá alguno que no se escandalice al verle negar aquella menor? En cualesquiera de estos libros que llaman bibliotecas, no sólo de esta ó aquella familia religiosa, mas tambien de las nacionales, en que se da noticia de los escritos de innumerables sabios, y juntamente tambien, por lo comun, de sus qualidades mo-

rales, se palpa que es mucho mayor el número de los virtuosos. Aun fuera de las colecciones bibliotecarias, otros innumerables libros históricos, en quienes se hallan por ocasiones, que la narracion de los sucesos frecuentemente ofrece noticias dispersas de muchos hombres de doctrina sobresaliente, testifican lo mismo. Y esto, aunque sólo se haga la cuenta de los que únicamente dieron su aplicacion á las ciencias humanas; pues si bien se debe confesar que en los que pusieron todo su estudio en las divinas letras se nota con mucha más frecuencia, ó una más ejemplar piedad, ó una más depurada virtud, aquella honestidad moral ménos severa, que basta para evitar la destemplanza, la lascivia, la malevolencia, la ambicion, la avaricia, y sobre todo, el libertinaje y la impiedad, se observa tambien comunisimamente en los primeros.

Hacen visible lo mismo los innumerables libros modernos, en que se hallan noticias de los filósofos y matemáticos, que están repartidos en tantas academias europeas. Aun entre los sabios de el gentilismo es rarísimo el que nos muestra costumbres depravadas. Es verdad, que tanto por los antiguos como por los modernos dados á las letras humanas, es menester alguna indulgencia para los profesores de la poesia. O sea que se inclinan más al ejercicio de este arte los genios amatorios, ó que la viveza de la imaginativa, tan necesaria para hacer buenos versos, sea poco conciliable con aquella sosegada madurez que regla las costumbres, no se puede negar que ha habido muchos poetas, especialmente entre los líricos, muy licenciosos, así en los escritos como en las acciones.

Mas no por eso apruebo que Platon los expeliese de su república, ni que Ciceron, en el libro II de las *Cuestiones tusculanas*, suscribiendo á la máxima de Platon, hablase de ellos con tanta acerbidad, en la cual puede ser influyese algo la experiencia de su poca habilidad para la poesia. Sabido es cuánta mofa hicieron los romanos, inteligentes en este arte, de aquel verso suyo:

Oh fortunam nata me Consule Roman!

Y con razon; porque ¿qué otra cosa merece, sino un fastidioso desden la puerilidad de aquel eco? Por lo que mira á Platon, pudieron dar motivo á su enojo con la poesia, ya la licenciosa petulancia de los cómicos de aquel tiempo, ya las insolentes invectivas de Aristofanes, en la comedia de las *Nubes*, contra el mejor hombre que tuvo el gentilismo, contra Sócrates, que sobre el mérito de su virtud, era acreedor al respetoso amor de Platon, por el título de maestro suyo. Con todo, las intemperancias de los poetas merecen que los corrijan, no que los destierren, porque la poesia, contenida en los justos límites, puede tener sus utilidades.

El tercer argumento tomaré, ya no de la experiencia, sino de el principio ó causa de esa experiencia, que históricamente he probado. Esto ejecutaré, contemplando lo que al estudio de las ciencias, mirado en sí mismo, le da una natural contrariedad al vicio, y por consiguiente, una fácil asociacion á la virtud, previniendo, que por escoger el terreno ménos ventajoso

para el combate, fiado en la superioridad de mis armas, procederá el argumento únicamente de las ciencias ó letras humanas. Discurso, pues, así.

Toda aplicacion que aparta el pensamiento de aquellos objetos que lisonjean nuestras pasiones, nos aleja de las acciones viciosas; pues las potencias no pueden llegar al ejercicio de ellas, sin que preceda de parte de la imaginativa la representacion de sus objetos; pero la aplicacion á cualquiera estudio aparta el pensamiento de dichos objetos; luego, etc. La mayor es inegable, por la prueba incluida en ella. Y no es ménos fácil la prueba de la menor, porque á la vista de el alma sucede en esta parte lo mismo que á la de el cuerpo, que fijada firmemente en un objeto, no ve otros, ó los ve confusamente; y áun esa percepcion confusa se ciñe sólo á los algo vecinos comprehendidos en un círculo de no mucha amplitud, en cuyo centro está el que se ve directamente, terminando el que llaman los matemáticos *eje óptico*, esto es, aquella línea que perpendicularmente viene de el objeto al ojo, pasando por el centro de la pupila. Esto conocerá cualquiera, haciendo la reflexion de que cuando está leyendo la página de un libro, sólo ve claramente aquella palabra á quien termina directamente la vista y las que están á los lados, ó arriba y abajo, con alguna confusion, mayor ó menor ésta, segun la mayor ó menor distancia de la línea de el *eje óptico*; de modo, que para continuar la letura es menester ir sucesivamente moviendo el ojo de unas letras á otras.

Los objetos de las pasiones viciosas están, por lo comun, bastantemente distantes de los objetos de el estudio literario, y aunque la distancia no sea tanta, que se nieguen enteramente á la vista, sólo lograrán una percepcion confusa; por consiguiente, sólo harán una impresion tan leve, ó ejercerán un atractivo tan débil en el alma, que se pueda superar con muy poca fuerza.

Es verdad que para que el efecto que se solicita sea algo considerable, es menester que el objeto de el estudio sea algo agradable al alma, y de objeto de el entendimiento pase á serlo de la voluntad; siendo cierto, que sólo ganando esta potencia puede empeñar mucho la atencion de aquella. Pero el conseguir esto es fácil á aquellos á cuyo arbitrio está elegir este ó aquel estudio, esta ó aquella letura. En los que carecen de este arbitrio, puede, para el efecto de impeler á la aplicacion, suplir el deleite de el estudio la coaccion, la esperanza de el premio, ó el miedo de el castigo de quien los domina.

Pero en quien puede elegir para sí mismo, ó tiene facultad para determinar á quien esté debajo de su dominio, en caso de no predominarle una fuerte propension á otro estudio, ó ligarle á él la obligacion de su estado, se debe preferir á todos los demas el de las matemáticas, porque es mucho lo que éstas engolosinan el entendimiento, y por consiguiente, la voluntad, áun de aquellos que no por predileccion, sino por otro cualquiera motivo se introdujeron á ese estudio. Y yo aconsejaria á todos los señores, que para dejar á sus hijos en un estado muy cómodo no necesitan de ponerlos en la carrera de alguna ciencia, los aplicasen á las mate-

máticas. Nadie tanto como los hijos de los poderosos necesitan de ese lenocinio literario, para colocarse fuera de el atractivo de el vicio, para el cual les presentan innumerables ocasiones el poder y lustre consiguientes á su nacimiento.

El poder de las matemáticas para segregar el alma de todas afecciones materiales, y áun para extinguir en algun modo toda su sensibilidad hácia ellas, tiene una alta prueba en dos insignes ejemplos, uno antiguo, otro moderno: aquél, el de el siracusano Arquímedes; éste, el de el francés Francisco Vieta. Rendida Siracusa, despues de un largo asedio, á los romanos, que capitaneaba el cónsul Marcelo, entraron los sitiadores en la ciudad, con el furor bélico que les inspiraba el dolor de lo mucho que habian padecido en aquel sitio. Pero moderó aquel la benignidad de el Cónsul, no permitiendo otro desahogo que el de el pillaje. La conturbacion, el tumulto, la vocería insultante de los vencedores y lastimera de los vencidos, en un tan gran pueblo, eran cuales es fácil imaginar en semejante lance. ¿Quién creeria que hubiese entónces algun ciudadano que en tan deshecha tormenta gozase la serenidad de la más tranquila calma? Si, le habia, y éste era Arquímedes; el cual, al mismo tiempo embebido en una dificultosísima demonstracion matemática, estaba dentro de su gabinete tirando las líneas pertenecientes á ella, tan absorto, que nada percibia de un estrépito que se hacia oír á grandes distancias, y llegando á él un soldado romano, que le intimó le siguiese para presentarse al Cónsul, le pidió Arquímedes esperase un poco, mientras concluía la solucion de un problema que estaba demostrando. Mas el soldado, que ni entendia de demostraciones, ni sabía qué eran problemas, irritado de la demora de el matemático, que atribuyó á desprecio, le atravesó el pecho con la espada, y así murió aquel grande hombre, malográndose juntamente su demonstracion, que si, como algunos adivinan, era la de la cuadratura de el círculo, fué un daño grande para las matemáticas y para los matemáticos, porque perdida entónces, nunca se pudo hallar despues; y fuera menor la pérdida, si se hubiera perdido tambien la esperanza de ella, pues subsistiendo ésta por espacio de veinte siglos, hizo perder inútilmente mucho tiempo en su investigacion á innumerables ingenios.

Ni merece menor consideracion el caso de que habiéndole ocurrido á Arquímedes, al tiempo que se estaba bañando, el ingeniosísimo modo que halló para descubrir á punto fijo la cantidad de plata, que un infiel artífice habia sustituido á una porcion de el oro, que el rey Hieron le habia entregado, para fabricarle una corona, loco de el gozo de la invencion, al momento saltó desnudo de el baño, publicando en descompasadas voces el hallazgo.

De Francisco Vieta, insigne matemático de el siglo pasado, que con el utilísimo invento de la *álgebra*, que llaman *especiosa*, facilitó mucho á los de su profesion todo género de cálculo, se cuenta que algunas veces estaba por espacio de tres dias con sus noches embebido en sus especulaciones, sin tomar alimento alguno, y sin más sueño que el de algunos pocos momentos, en que reposaba la cabeza sobre el brazo, apoyado en el de la

silla. Así se lee en el Moreri, que cita para ello el testimonio de aquel grande historiador Jacobo Augusto Thuano, á que agrega el de Vosio y Scaligero.

Supongo que á muy pocos estudiosos da la naturaleza temperamento proporcionado para estos raptos estáticos de el orden natural, así como á muy pocos espíritus contemplativos eleva la divina Gracia á esotros éxtasis de orden superior. Pero mucho menor embebecimiento basta para suspender, mediante el olvido de sus objetos, la maligna inspiracion de los objetos viciosos.

El mismo efecto que la aplicacion al estudio de las letras, hace en parte la lectura de los libros, áun cuando no se busca en ellos la doctrina, sino la diversion honesta; porque la delectacion en la lectura, llamando á ella el entendimiento, le aparta de otros objetos, cuya consideracion es peligrosa. Supongo que esa delectacion no se ha de buscar por sí sola, ó parando en ella, sino por algun motivo racional y justo, pues el papa Alejandro VIII condenó la opinion que daba por lícito gozar el apetito de sus actos, precisamente por la delectacion que de ellos resulta, pero es fin honestísimo para la delectacion en la lectura, desviar con ella el ánimo de otros pensamientos, que pueden ser dañosos. Y para este fin, tanto la lectura será más útil, cuanto sea más intensa la delectacion; porque á proporcion de ella será más firme la adherencia de el ánimo á ese objeto, y por consiguiente más constante la separacion de otros.

Pero sin ese fin, hay otros que pueden hacer honesto ese deleite, como evitar la ociosidad, buscarla como descanso de otras ocupaciones fatigantes, ó como remedio al fastidio que suele causar la continuacion de lecturas más serias, ó como fuga de aquel grande enemigo de el cuerpo y de el alma, la *tristeza*. Todo lo que se refiere á fin honesto se refiere al último fin, á Dios, por lo ménos virtual ó mediatemente, aunque siempre será más conveniente y laudable hacer (que es fácil) esa relacion explicita y formal.

Con cuya ocasion me atrevo á decir que me parece nimia la severidad de aquellos padres, superiores ó maestros, que totalmente prohíben la lectura de mera diversion, áun la que de ningun modo es nociva á los que tienen debajo de su mando. Ello es preciso conceder en todas edades alguna alegre libertad al ánimo fatigado para que cobre fuerzas. Una continua tarea las debilita, las apoca y las aniquila. El ejercicio de el estudio, de la oracion, ó mental ó vocal, ó de la enseñanza, ó del estudio, ú otra cualquiera ocupacion seria, sin intermision alguna, pide, ó un temperamento de bronce, ó aquella especial asistencia de la gracia, que Dios concede á muy pocos. De el doctísimo cardenal Enrico de Noris se lee que estudiaba catorce horas cada dia; lo mismo dice de sí el célebre Caramuel. Apénas en la

vasta region de la república literaria se hallarán diez ó doce que puedan tolerar este trabajo, ni áun por solos ocho dias, sin arruinar la salud. Sabido es lo que se cuenta de san Juan Evangelista, que significándole en cierta ocasion un cazador que tenia su arco en la mano, la admiracion que le causaba ver que un hombre, en todo grande, se entretuviese en hacer halagos á una perdiz doméstica, le preguntó el Apóstol si en aquel arco tenia siempre tirante la cuerda. A lo cual respondió el cazador que eso no podia ser, sin que el arco perdiese enteramente la fuerza de el resorte; le repuso el Santo, que lo mismo sucedia al alma, que perdía la fuerza para los ejercicios santos y devotos, si estaba siempre ocupada en ellos, sin interponer alguna inocente recreacion, cual era la que él tomaba con aquel agradable pajarito.

Pero siendo preciso mezclar á las ocupaciones serias uno ú otro rato de diversion honesta, que esparza el ánimo, ¿cuál mejor que la plácida lectura de algunos escritos amenos? La caza es para pocos. No á todos es permitido el paseo por sitios deliciosos, sobre que muchos países carecen de toda amenidad. El juego tiene sus riesgos. La música, sólo los príncipes ó grandes señores la logran siempre que gustan de ella. La agradable conversacion á muchos falta. Libros divertidos en todas ó casi todas partes los hay, y con la variedad suficiente para no padecer el fastidio, que puede ocasionar la repetida lectura de los de la misma especie; pues aunque no los tenga propios el que necesita esa diversion, es fácil lograrlos prestados de un amigo, ó un vecino de el mismo pueblo, ó de otro poco distante.

Pero advierto que cuando, proponiendo como útiles áun los libros de mera diversion, asiento que de estos hay bastante copia en todas partes, hablo en esto, no segun mi concepto particular, sino segun la comun estimacion, que da por tales á infinitos. Mas yo estoy en la inteligencia de que son poquísimos los libros de quienes, demas de la utilidad de la diversion, no se puede sacar el fruto de tal cual enseñanza. Así me lo ha persuadido la experiencia; pues puedo protestar que habiendo en el largo discurso de mi vida leído libros de todas clases (á excepcion de los pocos en quienes reconocia algun ingrediente de cierta cualidad venenosa), apénas pasé los ojos por alguno, á cuya lectura no debiese algo de instruccion apreciable en una materia ú otra.

Debe suponerse que siempre excluyo de todo uso aquellos libros, más de perversion que de diversion, en quienes se pretende pasar, á título de chiste, la imprudente licencia. Y con esto doy fin á esta disertacioncilla, en que empecé hablando con un amigo, y proseguí escribiendo para todo el mundo.

LOS OJOS Y EL ALMA.

QUE NO VEN LOS OJOS SINO EL ALMA; Y SE EXTIENDE ESTA MÁXIMA Á LAS DEMAS SENSACIONES.

Dícame vuestra señoría que habiendo leído con la mayor atencion la carta que le escribí sobre la *electricidad*, todo su contenido le pareció muy bien, exceptuando aquella proposicion en que afirmo (y áun pudiera decir, supongo) que no miran ni ven los ojos, sino el *alma*; la cual dice vuestra señoría le parece opuesta á la experiencia, y áun á la Sagrada Escritura. Que la experiencia dicta que los ojos miran y ven, sienta vuestra señoría que no necesita de prueba, porque es experiencia de todo el mundo. Todo hombre dirá: «Abro los ojos, y veo cuanto se me presenta delante de ellos; cierro los ojos, y nada veo.» Y á estas acciones acompaña una firme y invencible persuasion de que los ojos miran, y ven que á ningun argumento filosófico podrá ceder.

La Sagrada Escritura en mil partes con las más decisivas expresiones nos obliga á creer lo mismo. En el capítulo xi de los *Números*: *Nihil aliud respiciunt oculi nostri, nisi man*. En el iv de el *Deuteronomio*: *Oculi vestri viderunt omnia, que fecit Dominus contra Beelphegor*. En el xix de *Job*: *Quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspecturi sunt*. En el xvi de el *Eclesiástico*: *Multa talia vidit oculus meus*. Omítense otros muchos.

Pero nada de esto me hace fuerza. Y empezando por lo último, que en nuestro respeto debe ser preferido á todo, respondo, lo primero, que en las sagradas letras es muy frecuente usar de la voz *ojos* para denotar algunas de las potencias internas de el hombre. Verbi gracia, Salmo xix: *Veruntamen oculis tuis considerabis*. No considera la vista corpórea, sino la razon. Salmo xviii: *Averte oculos meos ne videant vanitatem*. ¿Cómo ven los ojos la vanidad? ¿O qué color tiene ésta, para que pueda ser objeto de los ojos? Salmo cxxii: *Ad te levavi oculos meos, qui habitas in caelis*. ¿Pueden ver los ojos corpóreos á Dios como presente en los cielos? *Eclesiastes*, capítulo iv: *Nec satiantur oculi ejus divitiis*. La saciedad ó hambre de las riquezas no pertenece á los ojos, sino al corazón ó potencia apetitiva. *Eclesiastes*, capítulo ii: *Omnia que desideraverunt oculi mei non negavi eis*. El deseo no es de los ojos, sino de la voluntad.

Respondo, lo segundo, y más al propósito, que comunmente los escritores sagrados adaptan las voces al uso que de ellas hace el pueblo, más que lo que significan en acepcion rigurosamente filosófica. En el capítulo i de el *Génesis* se expresa que las aguas fueron el agente productivo de peces y aves, siendo cierto que sólo concurren como materia de que se hicieron. En el mismo lugar se dice que Dios crió esos peces gigantados que llamamos cetáceos: *Creavit Deus cete grandia*. Pero el filósofo dice que ésa fué educion, y no creacion. De el mismo modo, en el capítulo xxxviii de el

Eclesiástico, se dice que Dios crió de la tierra los medicamentos. También ésta fué educion, y no creacion. En el xvii de el *Levitico* se afirma que la alma de todo animal está en la sangre: *Anima omnis carnis in sanguine est*; expresion que suena, que entre todas las partes de el cuerpo, sólo este líquido es informado de el alma, cuando la sentencia comun de los filósofos, por no ser parte orgánica, le niega toda animacion.

Ni por eso aquellas proposiciones contienen error ó falsedad, porque, sin contradecir lo que dice el filósofo, son verdaderas en la acepcion que les da el uso popular y civil. Es así que el criar en el lenguaje filosófico significa producir las cosas, ó sacarlas de nada, esto es, darles el sér, sin preceder alguna materia de que se formen. Pero el comun de los hombres usa de el verbo *criar* para significar cualquiera especie de produccion. De el mismo modo, aunque el filósofo, despues de un sutil exámen de la materia, diga que la vision no se ejerce en los ojos ó por los ojos, para que sea verdad en la acepcion vulgar el que los ojos ven, basta que la vision de tal modo dependa de el ministerio de los ojos, que sin él sea imposible ver los objetos. Y los mismos filósofos, fuera de los ejercicios de su profesion, hablan en estas materias como el pueblo. Yo, aunque sé que el criar es producir las cosas de la nada, y asimismo que todas las plantas se engendran de alguna materia presupuesta, diré sin embarazo en una conversacion en que se hable de flores, que la rosa es la más bella flor que Dios crió. Diré tambien, si se habla de frutas, que en tal tierra se crian las mejores frutas de el mundo. Asimismo, aunque siento que el acto de vision no es ejercicio de los ojos, varias veces he dicho, y diré, para testificar la verdad de una cosa, que me consta por propria inspeccion, que la he visto con mis propios ojos.

En cuanto á la experiencia universal, que vuestra señoría alega, digo que nada prueba. Ya en otras partes he escrito, fundado en razones evidentes, que la experiencia, no siendo bien reflexionada, induce á innumerables errores. Y ahora, sin salir de el asunto en que estamos (esto es, de la accion de la vista, y de el ministerio de los ojos en ella); daré á vuestra señoría una nueva prueba de esta verdad. Lo mismo que fundan en la experiencia la aprehension de que ven con los ojos, si se les pregunta dónde ven los objetos, verbi gracia, un hombre, una torre, una montaña, dirán que los ven en el mismo sitio á donde están, y que esto les consta por una experiencia clarísima, de modo que conciben que la actividad de su vista en algun modo se extiende á tocar el hombre, la torre, etc., cuanto es menester para verlos en sí mismos. Con todo, es ciertísimo que esto no es ni puede ser.

Pero doy que á uno de estos ignorantes desengañe